



ANNA AJMÁTOVA

Réquiem
y otros escritos

Prólogo de Vladimir Leonóvich
Epílogo de Joseph Brodsky

Exorcismo, homenaje a los difuntos, acto de fe: estos poemas de Anna Ajmátova son ya una obra central de la literatura contemporánea. Como un complemento inédito para el lector español, se han seleccionado para esta edición algunos escritos de carácter autobiográfico que ofrecen una visión más completa, tanto de la época como de la personalidad de la autora.

PRESENTACIÓN

La tragedia de la cultura —de la cultura rusa, para ser más precisos— no es simplemente una expresión ampulosa o intencionadamente exagerada con la que se pretende una vez más sacudir la conciencia de la opinión pública.

El binomio «amo y criado», «siervo y señor», «dueño y esclavo» refleja una vieja enfermedad rusa nacida en la oscuridad de los tiempos y fraguada en la psicología de la sociedad.

El talento siempre aspira a pensar por sí mismo. Esta tendencia a pensar de manera independiente se ha castigado siempre en el Estado ruso, y los hombres de la cultura que han ignorado esta ley no escrita se han visto perseguidos. Así sucedió con el maravilloso Radíshev, que osó gritar amargas verdades y que pagó por ello con la cárcel. Así sucedió con el gran Pushkin, que se creyó un hombre libre, por lo cual se le impuso un duro censor en la persona del emperador Nicolás I.

Es cierto que a finales del siglo pasado esta enfermedad empezó a remitir y asomó la esperanza de que Rusia sanara por completo. Pero llegó el régimen soviético, que agravó en provecho propio la dolencia y la condujo a trágicas consecuencias.

El amo era implacable. La bala, la cárcel y el silencio eran sus armas. Expulsó del país a destacados hombres de la cultura. Asesinó a Gumiliov, Bábel, Pilniak, Mandelsh-tam... Enmudeció a Platónov, Ajmátova, Zóschenko... Se entregó a la tarea con verdadera pasión y privó de aire a Rusia hasta que él mismo empezó a ahogarse.

La enfermedad no está ni mucho menos curada, pero para vencer sus males conviene conocer sus causas, estudiarlas y mostrar a la sociedad el secreto de esta tragedia.

Para ello no se promulgó edicto gubernamental alguno. Pero sí se dio el entregado entusiasmo de un grupo de escritores rusos que crearon la comisión encargada de rescatar la herencia de los escritores represaliados, comisión que se propuso la tarea de sacar a la luz lo oculto.

No se trató de una labor sencilla ni mucho menos, pero de modo paulatino, a regañadientes, se empezaron a entreabrir los archivos secretos de la Seguridad del Estado, y la opinión pública abrió aturdida los ojos, obligada a reconocer las dimensiones de su propia tragedia.

El régimen aún no ha muerto. Se resiste a desaparecer. Y la enfermedad no se ha curado. Pero han aparecido los primeros síntomas de su curación, los primeros pasos tímidos para que ésta adquiera un rostro humano.

Me alegra profundamente el hecho de que nuestro problema ruso haya llegado al corazón de la lejana Barcelona, y que la editorial Galaxia Gutenberg, en las personas de Hans Meinke y Ricardo San Vicente, tenga la intención de publicar estos trágicos materiales.

Y creo que esto no es casual. La cultura rusa siempre ha estado estrechamente unida a la cultura universal. Se ha alimentado de ella, al tiempo que la ha enriquecido.

Bulat Okudzhava

PRÓLOGO

Anna de todas las Rusias

por Vladímir Leonóvich

Se pudre el oro, cede el metal,
el mármol. Todo la muerte alcanza.
Del mundo no muda sólo el pesar
y permanece, sublime, la palabra.

Anna Ajmátova

«Su sola mirada te cortaba el aliento. Alta, de pelo oscuro, morena, esbelta y ágil, con los ojos verdosos de un tigre polar, durante medio siglo la ha dibujado, pintado, esculpido en yeso y mármol, fotografiado un sinnúmero de personas, empezando por Modigliani. Los versos dedicados a ella formarían más volúmenes que su obra entera». Estas palabras pertenecen al poeta Joseph Brodsky, que conoció a Anna Ajmátova cuando ésta, ya rebasados los sesenta años, seguía dominando tanto el arte de la imaginación como la imagen de su propia edad.

Ya mayor, marcada por el peso de los años, sorprendía con sus gestos repentinos, fulgurantes y gráciles como lo era su verso y verbo poético: rauda, elegante, paradójico y preciso, que bien se podría llamar clásico.

Su amor por los clásicos (Pushkin, Dante, Shakespeare, Tolstói) era exigente y celoso. Y su relación con Pushkin se

podría definir sin exagerar como una historia de amor.

La crítica soviética la remitía al siglo XIX, y la política la condenaba a la condición de «enemiga de clase». Y ciertamente contrastaba de manera poderosa con el ambiente literario general, pues incluso a mediados de nuestro siglo destacaba de modo tal que su entorno aparecía pálido, desleído, como un lejano segundo plano. No en vano la consideraban una emperatriz. Y las consecuencias trágicas de todo ello, su majestuosa presencia en los tiempos en que «reinaba» el tirano del Kremlin, se nos antojan obvias.

«Nací el 11 de junio de 1889, cerca de Odessa...», escribe Anna Ajmátova. Le pusieron el nombre de su abuela Anna, y de su bisabuela, «la princesa tártara Ajmátova», tomó su nombre poético. La familia pronto se trasladó a Tsárskoye Seló —la «aldea del zar», junto a la residencia de verano de los zares rusos desde Catalina II—, no lejos de Petersburgo, donde pasó sus años de adolescencia Anna Gorenko. Y ya en el apellido de Gorenko resuena la palabra rusa *gore*, 'desdicha'... Dolor y desdicha que la poeta compartirá con su pueblo, con su país, que no abandonará en sus horas difíciles.

De niña, como le contaría a su biógrafo Pável Luknitski, era una lunática. Anna se escapaba de casa siguiendo la luz de la luna; el padre salía en busca de su hija y la retornaba a casa en brazos.

Después de la separación de los padres, la madre regresa al sur; Anna ya había cumplido los quince. En Tsárskoye Seló había dejado a su amor Kolia (Nikolái) Gumiliov, el futuro marido de Anna Andréyevna y padre de su único hijo, Liova (Lev).

Sabemos de su conducta poco común a partir de los testimonios de sus compañeros y de ella misma. El mar era para ella un elemento dotado de razón. Impregnada de su «gran sentido de la libertad» —en palabras del venerado Nikolái Nekrásov—, el mar se convirtió en su hábitat natural, como lo llamamos ahora, en su elemento vital. Hasta el

extremo de que hubiera preferido cambiar sus largas piernas por la cola de una sirena. Y nadaba como un pez, «como un pájaro», dirá otro de sus maridos, Nikolái Punin. Hablaba con el mar, con el mismo mar al que se dirigiera, aun sin saberlo ella, Pushkin. Y lo cantaba ora como «libre elemento», ora como «verdugo ancestral». A Pushkin llegaría bastante tarde: en casa no había más libros que de los poetas Nekrásov y Derzhavin. Y en las noches de luna, el mar se unía con el frío planeta y no había modo de apartar la mirada del plateado sendero, del «camino no diré hacia dónde»... Aquí, cerca del antiguo Quersoneso, se fundieron en la poeta las culturas llegadas de Asia, Rusia y Grecia.

Ajmátova es la poeta del sufrimiento, del sufrimiento dominado. «La pasión actúa con más fuerza cuando se ve dominada por una mano poderosa». Estas palabras de Beethoven pueden aplicarse plenamente a Ajmátova. Una mano blanca y hermosa que dominaba la explosión, a diferencia de Marina Tsvetáieva, que ignoraba toda medida o contención («en el mundo de las medidas»).

Ajmátova no tuvo necesidad de «irrumper» en la poesía rusa, como lo hizo Mayakovski con sus escandalosas innovaciones y sus «bofetadas al gusto público». No tuvo que «atentar contra los valores sagrados», como lo hiciera el atormentado Blok. Ni hubo de luchar con Dios, pues la iglesia también era su casa. Tampoco le hizo falta quebrar la forma clásica del verso, pues conservó con esmero todo lo que había heredado de sus maestros; muy pronto su verso adquirió el aura de lo eterno, mientras el tambor de los «insurrectos» se desgañitaba a los pies del Olimpo, como ocurre con la espuma que hierve fría en toda época de tránsito.

Junto con Mandelshtam, Gumiliov, Gorodetski, Narbut, Viacheslav, Ivánov y Kuzmín, Ajmátova pertenecía al grupo de los reformadores moderados del verso, a los llamados «acmeístas». La raíz de la palabra griega *acmé* esconde el florecimiento, la plenitud. Así, desde sus primeros pasos,

dominio y plenitud se funden en Ajmátova, que, como todo verdadero poeta, aspira a lo sublime.

El genio que no se logra dominar resulta insoportable. Así por cierto, se refería Ajmátova a los «purasangres» Yesenin y Mayakovski...

Pero hemos abandonado a la muchacha «salvaje» a orillas del Ponto o en una alejada roca en medio del mar tostándose al sol de Crimea. La muchacha se asilvestraba con rapidez y de buen grado, olvidando fácilmente las lecciones de sus maestros de Tsárskoye Seló. Olvidando incluso al estudiante enamorado Gumiliiov, tres años mayor que Anna Gorenko. Él no le gustaba a ella, recuerda una amiga, «pero ya entonces Kolia se negaba a retroceder ante el fracaso», a pesar de las bromas sobre su apariencia y su mal francés.

En cuanto a Anna, ésta ya a los trece años recitaba de memoria poesías de Verlaine y Baudelaire. En casa de los Gorenko, los niños estaban al cuidado de una institutriz. Pero también tuvieron su aya, una muchacha del pueblo, de cuyos labios la joven «prometida de la luna» bebió el habla popular, que pronto se engarzó a sus versos...

Así, al admirado Nikolái Nekrásov, a los poetas franceses, se sumaron los simbolistas Briúsov, Bély, Blok..., sin olvidar el interés que despertaba en ella la cultura ucraniana. Es decir, en la joven se forma la conciencia clara de la riqueza y variedad de los modos de expresión poéticos...

En su relación con Nikolái Gumiliiov se entrecruzan la compartida vocación poética y la también compleja rivalidad y cercanía amorosa. Pasarán seis años desde que se conocen en Tsárskoye Seló hasta que se casan en la primavera de 1910, y otros ocho hasta que se separan. Aunque su relación poética y humana se mantuvo hasta el fusilamiento de Nikolái.

A la boda le siguió un viaje por Europa: París, Roma, Venecia... Y la pintura y la arquitectura italianas le parecen un sueño. Entonces Nikolái aparece como el maestro; pero

siempre entre ambos, también en el campo de batalla de los afectos, reinó el sentimiento de la igualdad. Equilibrio tormentoso en la fricción de los sentimientos, pero que en lo poético pronto inclinó la balanza del lado de la joven «promesa».

En 1912 aparece el primer libro de versos de Ajmátova, *La tarde*. Y al cabo de algo más de un año, *Cuentas*. Si nos detenemos en la genealogía de la nueva figura poética, en primer lugar hay que mencionar a Innokenti Ánnenski. «En seguida dejé de ver y oír, no podía despegarme de él, repetía sus versos día y noche...», escribirá Anna Ajmátova. El poderoso mundo de los sentimientos y de las ideas del modesto historiador y escritor que era Innokenti Fiódorovich Ánnenski irrumpió en el alma de Ajmátova: su dominio del mundo antiguo (tradujo a los trágicos griegos), su conocimiento de la Edad Media y del Renacimiento, así como de la literatura escandinava moderna, tan conocida en la Rusia de principios de siglo. Y finalmente, no podemos olvidar su conocimiento de los autores propios, los clásicos del siglo XIX Gógol y Dostoyevski, cuya problemática moral trasladaba Ánnenski a la cotidianidad del presente.

Uno de los héroes de Dostoyevski dice que la felicidad futura de toda la humanidad no vale ni una lágrima de un niño si ha de comprarse a tal precio. Así se expresa esta máxima en Ánnenski:

Pero nadie podrá lavar
una lágrima de un niño inocente.
Porque en ella está Cristo.
Todo Él en su resplandor.
Pero ¿y aquellos que sufren dolor,
cuyos brazos asemejan un hilo?...
¡Gente! ¡Hermanos! ¿No por ello será
que nuestra paz sólo está en el tormento?

Éste podría ser un epígrafe a la obra de Ajmátova, sobre todo a su *Réquiem*. El maestro parece señalar el camino de la joven poeta: expresar el clamor de las lágrimas vertidas.

Julio de 1914. Hace calor, la sequía trae el incendio.

Un sol enorme y malva de color,
sin rayos, colgado en la neblina.
Sobre el marchito trigo callado cae el ardor...
La guerra se anunció aquel día.

Son versos de Jodasévich. Ajmátova, en el espíritu de Ánnenski, escribirá que está dispuesta a darlo todo, «el hijo, el amigo y el don secreto de mi canto...», con tal de que el Todopoderoso aleje la desdicha de su tierra. Gumilióv se marcha al frente, la esposa le manda breves cartas con sus versos. Entonces, en plena guerra de 1914, la musa de Ajmátova se muestra en toda su trágica sencillez:

Y a la Musa en roto pañuelo
canta y clama como en un duelo.
Y en su cruel y joven tristeza
se cobija su mágica fuerza.

Más aún, tras detenerse ante una tumba, le pregunta al poeta: «¿Cómo puedes aún respirar?». Mayakovski, en un artículo que escribe entonces, señala: «Se puede no escribir sobre la guerra, sino con la guerra. No con tinta, sino con sangre, con la sangre que los hombres vierten en los frentes».

Ya entonces aparece preciso el perfil trágico y popular de la voz que veinte años después resonará en su *Réquiem*:

Junto a mi pueblo permanecí estos años,
donde la gente padeció su desdicha.

Y se dibuja no sólo la íntima fusión del poeta con su pueblo, sino la idea del «alma del pueblo» a la que ella pertenece.

No podrás vivir,
la cabeza alzar,

bajo las balas y las bayonetas del enemigo. Parece una profecía de lo que le espera a su marido, fusilado en 1921.

Desdichado el país que mata a sus poetas. La muerte de Nikolái Gumiliov, asesinado por el poder soviético, abre una herida de la que Ajmátova nunca sanará. Aquel mismo año 1921, Aleksandr Blok fallece a los cuarenta y un años, ahogado en su propio silencio. Al año siguiente Lenin expulsa del país a la flor de la cultura rusa; en el «barco de los filósofos» son expulsados de la URSS N. Berdiáyev, S. Bulgákov, L. Karsavin, I. Ilin y muchos otros intelectuales. Algunos de los compañeros de Ajmátova del Taller de los Poetas, como Jodasévich y Gueorgui Ivánov, deciden abandonar el país. Pero «Anna de todas las Rusias», como la llamará Tsvetáieva, tiene otra vara de medir su alma, su unión al alma del pueblo, por alto que sea el sacrificio...

En su poesía Ajmátova conecta en seguida con el lector. Valga como ejemplo que sus *Cuentas* se reeditan nueve veces desde 1914. La mayoría de sus libros de versos, a pesar de la desconfianza de los bolcheviques, se reeditan repetidamente. Tras *Bandada blanca* (1918), aparecen *El llantén* (1921) y un año después *Anno Domini*. De modo que a mediados de los años veinte la popularidad de Ajmátova puede compararse con la de Mayakovski, Pasternak y Mandelshtam.

Cada uno, es cierto, tenía sus lectores. Y entre ellos también se podían contar los líderes de la revolución. Lo cual no dejaba de entrañar también un peligro. La tesis leninista de que la literatura debía ser de partido y obediente

al partido se plasmaba del modo más intolerante en sus herederos, contrarios a todo aquello que no servía a los intereses de la ideología proletaria comunista, es decir, del poder, convirtiendo así una máxima evangélica en el eslogan político «Quien no está con nosotros está contra nosotros», y que Mayakovski convirtió en versos:

El canto y el verso son bomba y bandera.
La voz de su cantor la clase alzará.
Y aquel que con nosotros hoy no cante,
contra nosotros está.

La llegada de Stalin al poder ahondó aún más la radicalidad de este enfoque con el término de «agudización de la lucha de clases», política que tuvo que producir y en definitiva dio lugar a una ruptura en el país, que quedó partido en dos, separado por un alambre de espinos. Ajmátova comprendió pronto el sinsentido de semejante política y «no cantó con ellos», de lo que muy pronto «ellos» se dieron cuenta.

En 1924 las autoridades incluyeron *todas* las obras de Ajmátova en el índice de libros que debían retirarse de las bibliotecas y de los estantes de las librerías. Se anatematizaron la Biblia, Dante, los filósofos no marxistas..., hasta los libros infantiles de aventuras, pues desarrollaban en ellos fantasías inútiles, en opinión de los nuevos censores. A los niños había que dirigirlos a luchar decididamente contra la «ideología pequeñoburguesa» de la familia... El ideal de los bolcheviques era, al parecer, los campamentos militares que en la época zarista ideara Arakchéyev, con sus reglamentos, declamaciones colectivas y juramentos a la bandera, como sucedía en los campamentos de los niños, «pioneros», o de los miembros de las juventudes comunistas, los «komsomoles».

Los medios para conseguir este adoctrinamiento era el terror, el hambre letal al que se sometió de manera planifi-

cada a millones de campesinos a principios de los años treinta, la destrucción de la familia, cuando se obligaba a los niños a rechazar a sus padres, arrestados como «enemigos del pueblo».

En esta atmósfera de terror y orden marcial se vio obligada a vivir la gente como Ajmátova. A vivir y, por pocos que fueran, a resistir. A salvaguardar la memoria de la cultura.

Once personas se sabían el *Réquiem* de memoria. El texto, como en el caso de otras muchas obras, no existía en el papel, pues cualquier escrito que se encontrara en un registro equivalía a la pena de muerte. Así, desde 1924 hasta 1939 Ajmátova «calla», pues el poder sabía cómo amordazar a los desleales y hacer cantar las mayores loas a los fieles.

Algunos con ánimo sincero, otros por pusilánimes o hipócritas, respondían a las exigencias del partido, firmaban declaraciones oficiales. Ajmátova nunca. Y esto era algo que las autoridades no ignoraban. Conviene subrayar cuán firme se mantuvo en su mudo juramento de no colaborar con el régimen, y el poder la premió con creces por su actitud.

En 1935 es arrestado su único hijo, Lev Gumiliov. Y tras ser liberado, es detenido de nuevo en 1938, para ir a parar a una de las grandes construcciones del estalinismo.

Aquí empieza la larga cola carcelaria de las esposas y madres, hermanas y hermanos con sus paquetes para los detenidos. Anna Andréyevna se pasó en ellas diecisiete meses. Y en ellas, entre la multitud dolida, citemos siquiera a la amiga y primera biógrafa de Ajmátova, Lidia Chukóvskaya, cuyo marido había sido detenido.

L. Chukóvskaya, la autora de las célebres *Conversaciones con Anna Ajmátova*, escribió, con el recuerdo aún reciente de su propia tragedia, un gran retrato de la época, el relato *Sofía Petrovna*, la historia de una madre a quien la maquinaria del poder había arrebatado a su hijo. La novela

en muchos aspectos recuerda la historia de Anna Andréyevna.

En 1936 la desdicha de su pueblo y el dolor íntimo rompen el silencio de diez años de Ajmátova.

En 1936 comencé a escribir de nuevo, pero mi estilo había cambiado, mi voz vibraba ya de otra manera. La vida traía por la brida a un Pegaso parecido en algo al Caballo Pálido del Apocalipsis o al Caballo Negro de mis versos en ciernes.

Fue entonces cuando visita en su deportación de Vorónezh a Ósip Mandelshtam. Un castigo más que leve para el poeta que había escrito su conocida poesía contra el Tirano. Los versos, que llenarían de horror a Pasternak, le producen a Ajmátova la calma del reconocimiento. Son los versos de un condenado a muerte. Versos alimentados con la sangre que empapa toda la época. Son los tiempos de la Gran Hambre en Ucrania, en Kubán, en el Volga, que se había llevado millones de vidas, mientras vagones cargados de trigo y petróleo viajaban hacia la Alemania nazi.

Aproximadamente por estos mismos años, Pasternak, al que se le encarga la tarea de ensalzar las granjas colectivas soviéticas, viaja a los Urales, donde las autoridades agasajan al poeta y a sus acompañantes con los mejores manjares, cuando tras la ventana del hotel, tras la ventanilla del vagón, se suceden los pobres, los pordioseros, los mendigos... El hecho sumió al poeta en una postración psíquica que lo acompañó durante año y medio, período tras el cual el entusiasta cantor empezó a ver claro.

Visitar al deportado Mandelshtam era peligroso, pero Anna Andréyevna se rige por otras normas, por la ley de la amistad.

En la habitación del poeta condenado,
de guardia, se turna el miedo con la musa.

Sigue la noche que no conoce el alba.

En la Rusia actual, en el amanecer del tercer milenio, no se puede decir en modo alguno que haya llegado el alba. Habrán de pasar años, largos años, decenios, hasta que se logre borrar, lavar el crimen de un genocidio nunca visto en la historia. Ciento cincuenta años atrás Aleksandr Herzen trazó el martirologio de los poetas caídos y abatidos por el poder: diez nombres. En los tiempos soviéticos cuesta nombrar un solo nombre del mundo de la cultura que no se haya visto de un modo u otro golpeado por el régimen.

La airada pluma de Pushkin ya escribió:

En todo el mundo, el hombre es
tirano, prisionero o traidor.

O no-hombre, añadiré Kafka. Entre estos no-hombres, o medio hombres, habría que incluir a todos los «derrotados»: los caídos en el alcohol, el miedo, la locura, los sometidos a la voluntad del poderoso, los traidores, los huidos... Y su número no tiene fin.

La autora del *Réquiem* era una persona en su sentido más pleno, y una persona de una rareza única, tanto en aquellos años como en nuestros tiempos. Por eso atrae con fuerza tan poderosa esta Gran Madre, citando a Klúyev en su «Canto a la Madre Tierra» (rescatado de entre los archivos del KGB). Pues de su obra fluye el consuelo y la fuerza necesaria para vivir.

Pero ¿qué esconde la misa funeral de Ajmátova?

La amiga de Ajmátova, la poeta Olga Bergolts, fue detenida cuando estaba embarazada; le expulsaron a golpes al hijo que llevaba en su vientre. A su marido, el poeta Borís Kornílov, lo fusilaron.

Mataron al genial Nikolái Klúyev, arrancando con él la raíz que se hunde en las creencias ancestrales del pueblo.